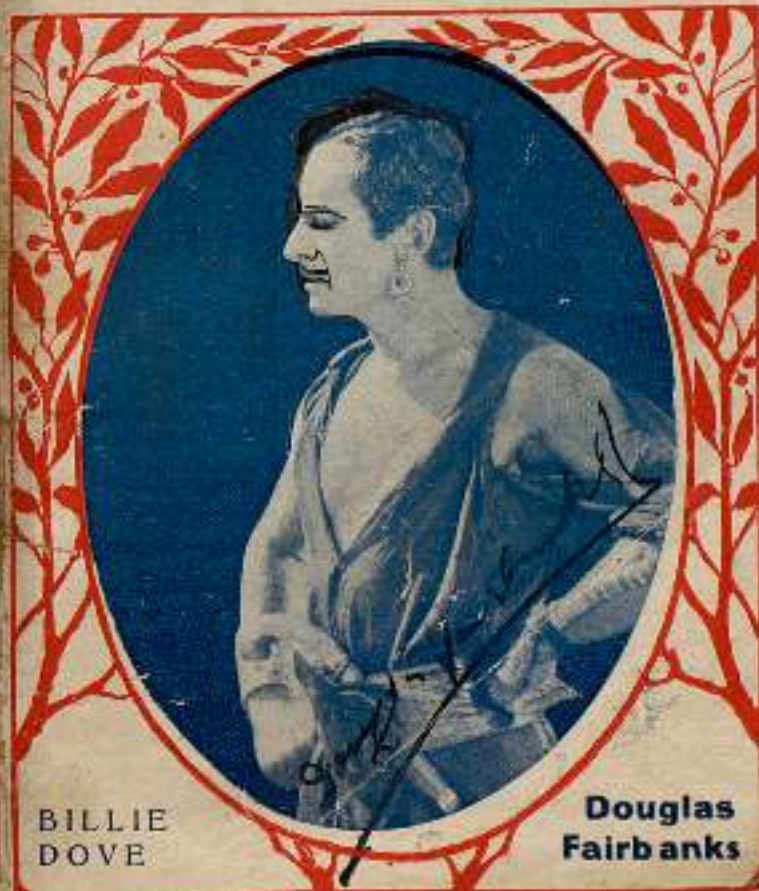


Biblioteca-Films

N.
193

EL PIRATA NEGRO

25
CTS



BILLIE
DOVE

Douglas
Fairbanks

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Edición, Administración y Talleres:
VALENCIA. 224

Centro de Depósitos de Publicaciones:
BARCELONA. 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 163

APARECE TODOS LOS MARTES

2 DEVIADO POR LA CENSURA PREVIA 2

El Pirata Negro

SEGUNDA EDICIÓN

Emocionante novela de gran interés,
aventuras y amores, gran creación de

Douglas Fairbanks



REPRESENTANTE PARA ESPAÑA

EDUARDO GURT

Rambla de Cataluña, 62 - Barcelona

REPARTO

El Pirata Negro	Douglas Fairbanks
La Princesa Elisaberh	Billie Dove

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



DOUGLAS FAIRBANKS
EN EL PIRATA NEGRO

¡PIRATAS!

Nos referimos a los comienzos del siglo xvii, época en que la explotación colonial excitaba la codicia de los corsarios y piratas del mundo entero. Muy cerca de Santa Juan, pequeña ciudad colonial del sur americano, existía una isla desierta, la cual una banda de piratas había convertido en su guarida.

Luchar y robar era el único afán de la vida de aquellos desalmados. De entre ellos, solamente dos había que no tuvieran tan bajos instintos: Mac Tavish y "Cabo Corto". Estos eran dos viejos soldados que habían quedado inválidos defendiendo al rey de Inglaterra y se hallaban enrolados en la galera corsaria desde hacía muchos años, debido a contingencias de la vida, los cuales muchas veces solían revelarse contra la mala idea de sus compañeros.

En el momento en que te los presentamos, lector querido, acaba el pillaje de un barco que habían apresado, y el capitán de los piratas, estaba contemplando el botín, para esconderlo en la isla desierta.

De pronto una explosión formidable dió fin e hizo astillas al barco apresado, cuyos tripulantes hacían esfuerzos sobrehumanos para salvarse, pero casi todos perecieron en el naufragio.

Un joven de ágiles miembros y simpático, arrastraba hasta la orilla un cuerpo inanimado. Recobró sus fuerzas el naufrago al ver aquel puerto de salvación y atendía solícito a un anciano que estrechaba fuertemente entre sus brazos:

—¡Padre mío!

—¡Cuánto habrás sufrido, hijo del alma!

—¡Pensad que hemos salvado la vida!

No, hijo mío, Me siento morir. Es inútil que te hagas ilusiones. Tú eres fuerte y joven y saldrás con bien de este apurado trance. Toma este anillo—añadió el anciano—que ya sabes es la más preciada joya de nuestra familia y con ella podrás identificar tu personalidad.

Diciendo estas palabras, con esfuerzo sobrehumano, y entregando el anillo a su hijo, le dió un beso en la frente, al tiempo que se escapaba el alma de aquel ser cayendo en un sopor profundo.

—¡Padre mío, padre mío!—gemía el joven.

Muchas horas permaneció abrazado al cadáver de aquel a quien debía la vida, pero al fin reaccionó y amorosamente le trasladó a una línea de colinas que dividía el islote en dos partes, y allí dió cristiana sepultura a los restos mortales de su pobre padre.

Junto a aquella tumba, y crispados los puños, levantándose en alta, clamaba:

Sólo una cosa podría hacerme amar la vida, y esta cosa es la venganza. Pero te vengaré, padre mío; te vengaré.

El mar rugía y sus olas embravecidas se estrellaban contra las rocas, como queriendo tomar parte en el acerbo dolor de aquel triste hijo, cuyas imprecaciones retumbaban al espacio, y los truenos y relámpagos, acompañaban sus quejidos, como protesta a los hechos vandálicos de aquellos piratas.

¡UN PIRATA MAS!

Pasaron unas horas, y de pronto el joven naufrago, le pareció oír voces y distinguió un grupo de hombres.

—¡Hurra! la isla está habitada—gritaba.

Pero de pronto lanzó una exclamación:

—¡Los piratas!

Estos le habían visto y no era tiempo de dudar, pues si se alejaba le buscarían para matarlo. Rápido tomó la determinación; fué a su encuentro. Con audaz decisión el desconocido seguía avanzando, mientras que los piratas le miraban con gesto de inquietud y asombro.

Cuando se hallaba a pocos pasos, dijo decidido y con tono varonil el naufrago:

—Yo quisiera unirme a vuestra compañía.

Todos le miraron con alguna sorpresa, pero la figura atlética del joven y el tono decidido, junto con el sereno valor de que daba muestra, captaron en un momento la admiración de los corsarios.

Miguel, que era el segundo de a bordo, y te-

miendo le disputara la plaza, díjole con tono de desafío:

—Bien, joven. No hay inconveniente, siempre que nos digas qué méritos alegas para ingresar en nuestra compañía.

La frente del audaz se levantó con altivez y retándolos a todos, clamó:

—¡Cobardes! Ninguno de vosotros vale nada para mí. Voy a demostraros el temple de mi alma.

Y adelantando unos pasos, y ante el asombro de todos, descargó una enorme bofetada sobre la mejilla del capitán.

—Vamos, chimpancé, le gritó el joven—, coge tu espada y daga y defiéndete.

El joven cogió una espada y una daga que había en el suelo, mientras el capitán, no volviendo de su asombro, requería también sus armas y se entabló entonces una lucha encarnizada, frenética, desesperada. Con la espada en la diestra y la daga en la mano izquierda, se atacaban los dos rivales, mientras a su alrededor los piratas formaban un cerco.

Con ligereza y dando saltos fantásticos, el extranjero obligó al capitán a retroceder, hasta hacerle poner el pie en el borde de la laguna. Mepp, uno de los piratas, viendo en peligro a su capitán, iba a asestar una puñalada a traición al audaz joven, pero Mac Tavish le reprendió diciéndole:

—Déjales que sean ellos los que diriman su contienda.

Mac Tavish, el cual odiaba al capitán y sen-

tía una admiración por aquel extranjero y desconocido, veía que el triunfo le correspondería y en efecto, una hábil maniobra hizo desarmar la mano izquierda del capitán y para estar en igualdad de condiciones, y como prueba de lealtad, el joven también tiró su daga y desde aquel momento lucharon solamente con la espada y proseguía la pelea cada vez más enardecida. Pero el joven, deseoso de terminar, aprovechó un momento en que el capitán quedase al descubierto, y le hundió todo el acero en el pecho, en el corazón.

Los piratas, asombrados, no daban crédito a sus ojos. Mac Tavish, cuya simpatía para el desconocido era invencible, le dijo:

—Bien, muchacho, eres de los nuestros.

Todos los piratas hicieron signos de aprobación, y solamente Miguel, que mostraba desconfianza y recelo, le dijo:

—¡Nuestro oficio requiere algo más que manejar la espada!

Vuestro oficio es el de apresar barcos, ¿no es verdad? Pues bien—prosiguió el joven—, el primer navío que designéis para vuestro ataque... lo tomaré yo solo.

Esta bravata, en otra ocasión, hubiera sido acogida con carcajadas, pero el extranjero les tenía, en verdad, asertos y fasciados.

—Este joven hará lo que promete—sentenció Mac Tavish.

Mientras, Miguel decía en voz baja a un grupo:

Ojalá no tengamos que arrepentirnos, es un loco o un espía.

No obstante no le hicieron caso los piratas y todos rodearon al joven desconocido:

—¿Aceptado el trato?—gritó éste.

Un clamoroso sí coronó sus palabras y se dirigieron con gran algarabía al barco. Una vez allí, Mac reunió en la cubierta a toda la tripulación y les dijo:

—Comaradas: sabed en primer término que nuestro capitán no ha de volver, pues ha muerto a manos de este joven tras de una lucha noble. Este desconocido es un náufrago que se encontraba en la isla y pidió ser agregado a nuestra partida. Miguel, nuestro segundo, le preguntó qué méritos tenía contraídos, y para probar su temple abofeteó al capitán. Lucharon con coraje y al fin este joven atravesó con su espada el pecho de su adversario, y ahora decidme—terminó—si no consideráis a este muchacho con méritos bastantes para que le llamemos compañero.

Un sí ensordecedor coronó la peroración de Mac y para demostrar su conformidad, levantaron todos los corsarios sus espadas en alto.

—¿Y cómo se llama este valiente—preguntó uno de los más decididos.

Mac Tavish permaneció silencioso, pero le dirigió una expresiva mirada para que respondiera sin aguardar un nuevo requerimiento.

—Compañeros—dijo con enérgica voz el joven—, la vida con sus vaivenes me ha hecho olvidar mi nombre, pero deseo que me llaméis

el Pirata Negro—. ¡Este será mi nombre de guerra.

—¡Hurra por el Pirata Negro!—clamó con entusiasmo la compañía de foragidos.

Fué aceptado, pues, pero de momento se propuso para capitán interino a Miguel, solamente para que se encargara de la dirección del barco, pero sin que su jefatura fuera definitiva y absoluta.

—Recordad—dijo el Pirata Negro—que he prometido apresiar yo solo el barco que me señalen.

Y así entró a formar parte de la terrible compañía, azote de los mares.

LA HAZAÑA DEL PIRATA NEGRO

Al día siguiente el corsario que estaba de guardia, vió un galeón que navegaba en alta mar. Dió la voz de alerta y enterados de lo que ocurría algunos de los más decididos se dirigieron al nuevo compañero diciéndola:

—Vamos a ver si es verdad que tú solo puedes apoderarte de ese barco.

—Es una fanfarronada—dijo Miguel, despechado.

El Pirata Negro miró con desdén a Miguel, y sin dignarse contestarle, dijo a los demás piratas:

—Compañeros, voy a cumplir lo que he ofrecido. Ese barco que veis ahora cruzar el mar será dentro de muy poco tiempo una presa nuestra.

Mao Taviah se dirigió a él y le dijo:

—¿Qué armas necesitas para realizar tu hazaña?

—Un bote, una pistola y un cuchillo.

Tripulando un pequeño bote, el Pirata Negro salió al encuentro del galeón, mientras el buque pirata permanecía en el resguardo de su ensenada.

Miguel insistía aún:

—Esta insensatez ha ido demasiado lejos. Nos exponemos a perderlo todo.

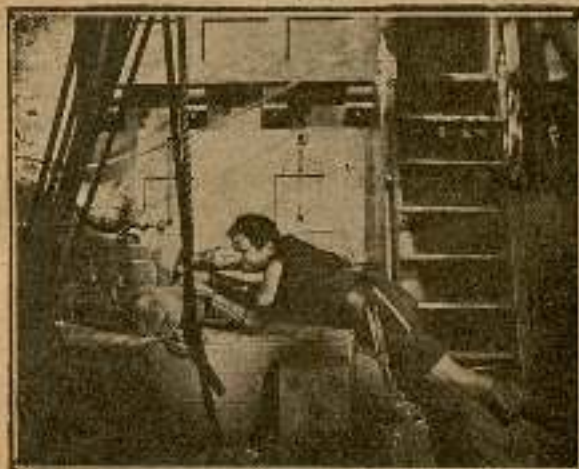
—Es el más bravo mozo que he conocido—decía Mao, para contrarrestar el efecto que pudiera causar en los piratas, la crítica de Miguel.

Entretanto el extranjero llamaba al atención de los marinos del galeón, y les ofrecía unos pescados que acababa de coger. Los marinos sonrieron agradeciendo el ofrecimiento. Lo que pretendía el Pirata Negro era que los tripulantes le dejaran acercarse sin recelo a las bandas del buque.

La estratagema dió feliz resultado. Los marinos desviaron en seguida la atención del joven de la lancha para volver a sus quehaceres.

Entonces el joven cogió su bichero—especie de arpón, para matar grandes peces—en una de las cuerdas que pendían del buque, posándose sobre el aspa del timón y por medio de una violenta flexión, en la que puso su fuerza hercúlea, desvió al barco de su rumbo.

El timonel que ignoraba de qué maquinaciones era víctima, pues la curva del barco



...haciendo girar los cañones, amenazó a los tripulantes...

no le permitía ver la maniobra del audaz pirata, era impotente para imprimir dirección a la rueda del timón. Poco a poco el buque se iba desviando más de su ruta.

Con gran facilidad el Pirata Negro logró trepar hasta la cubierta y allí se deslizó hasta el puente del timonel, en seguida cogió su cuchillo, cortó la escota, se asió fuertemente con las dos manos a la extremidad de la mesana y se columpió hasta arriba a la verga de gavia; rasgó la vela y descendió hasta el castillo de popa rajando también de arriba abajo la vela. Repitió la operación con la vela

mayor, bajó en el alcazar y presentóse a cubierta.

El arrojado joven hizo lo que queda anotado con la celeridad del rayo, lo cual determinó una alarma entre los pasajeros y la tripulación. El primero en reaccionar fué el vigía, pero el Pirata Negro daba uno de sus fantásticos saltos, pasando al castillo de proa y con rapidez hizo girar los dos cañones, amenazando a los tripulantes que se habían reunido a cubierta, y enfilando con las dos máquinas de guerra a todo el personal, gritaba mientras encendía una mecha que acercaba a los depósitos de pólvora:

—¡Arriba las manos, todos! Un gesto y disparo los cañones.

Aterrorizados y agrupados en las dos bandas del vapor dando muestras de espanto, marinos y pasajeros, vieron como la emboscada iba a cercándose a la isla lentamente.

Los piratas desde su buque siguieron las maniobras y con gran regocijo y asombro celebraban la hazaña de su nuevo compañero.

Al fin, el barco apresado por el Pirata Negro llegó a la rada, fondeando al lado de su buque. Los corsarios se apresuraron a saltar al buque, cuyos tripulantes fueron apresados y amarrados a los palos del buque según su bárbara costumbre.

Mac Tavish, que no podía ocultar el regocijo que le ocasionaba la victoria de su favorito, dijo en voz alta para que fuera oído por Miguel:

—Efectivamente, nuestro oficio es algo más que jugar bien la espada.

Miguel, que oyó las frases de Mac Tavish, le dirigió una mirada furibunda murmurando una amenaza.

Mientras, los piratas habían registrado hasta los rincones más recónditos y todo lo que hallaron de valor fué trasladado a su barco o a la isla para ser repartido.

Todo eran exclamaciones de júbilo y canciones que revelaban el excelente humor que la hazaña del Pirata Negro había producido a aquellos hombres, genios del mal.

Sólo el Pirata Negro no participaba del entusiasmo general. Una idea fija torturaba su mente, buscando la solución que le permitiera poner en libertad y salvar a todos los tripulantes del galeón. Pronto le acudió al pensamiento una fórmula salvadora. Con la rapidez que imprimía a todos sus movimientos, el Pirata Negro saltó al puente de mando y con todas sus fuerzas gritó:

—¡Hola!, lobos de mar. Oíd todos.

En un momento se vió rodeado de sus admiradores y continuó:

—¡Mirad!, aquí hay un barco capturado sin un disparo, nuevo y sin un palo roto. Pues bien: ¿para qué destruirlo? Exijamos por él un rescate y así nos valdrá mucho dinero. Como precio del rescate del buque y prisioneros, podríamos exigir cincuenta mil piezas de a ocho. Envíamole nuestro barco con varios emisarios y le fijaremos plazo para la vuelta.

Los piratas vacilaron un momento, pero pronto cedieron, ante la influencia que el dinero ejercía en sus almas.

—Conformes—gritaron algunos—. Que paguen para el rescate.

Mac Tavish, entusiasmado por la idea del joven pirata, subió al puente y dijo:

—Hay un gran sentido en lo que nos dice esa joven y debemos aceptar.

—Aceptamos—contestaron todos levantando al aire sus espadas.

Pero en aquel momento algo imprevisto ocurrió.

LA PRINCESA

Uno de los más crueles piratas llamado "Mandrit", saltando de un barco a otro en busca del botín, se fijó en una rica colcha que cubría la cama que había en un camarote de gran lujo.

Penetró en dicho camarote y vió con gran sorpresa a dos mujeres: vieja la una y joven y bellísima la otra, que le miraban con estupor y miedo.

"Mandrit" sintió la lujuria salvaje del pirata, mal contenida por la vida entre hombres en la soledad de los mares, y sus bajos instintos vibraron con rugido de animal.

La hermosa joven, al ver aparecer la tosca cara de aquel desconocido, dió un grito de horror, pero la otra mujer, más determinada, cogió lo que primero le vino a mano, empen-

diéndola a golpes con el corsario. Mientras se defendía esto, la joven aprovechó aquellos instantes para huir, y subió a cubierta entre Miguel y "Cabo-Corto", los cuales la persiguieron hasta alcanzarla, reuniéndoseles "Mandrit" que gritaba:

—¡Esta mujer es mía!

No, a mí es a quien corresponde, puesto que soy el jefe—decía Miguel.

—Pues juguémola a la suerte—intercedió "Cabo-Corto", quien recurría siempre al juego del cabo corto, al cual debía su apodo.

—Aceptado—gritaron los otros dos.

Uno de los piratas cogió tres trozos de cuerda, uno de ellos más corto que los otros, y procedieron al sorteo.

Miguel se quedó con el cabo más corto, por lo cual exhalaba, lleno de alegría:

—Yo tengo el cabo más corto y ahora sí que esta mujer me pertenece.

Todo esto pasó como un relámpago y el Pirata Negro al ver aquella mujer tan joven y hermosa quedóse absorto, pensando ahora más que nunca que se le oponía salvar la vida de todos los tripulantes.

—Sí, todo esto del rescate está muy bien, pero ¿quién nos asegura que llegará?

El Pirata Negro distinguió en uno de los dedos de aquella bella joven un sello heráldico, y adelantándose rápidamente adonde estaba la prisionera, dijo, arrancándola de los brazos de Miguel:

—He aquí nuestra seguridad. Una princesa

de sangre real. No podíamos esperar mejor rehén que esta dama.

—¿Y cómo sabes que esta mujer es una princesa?

Cogió el Pirata Negro entonces la blanca mano de la prisionera y dijo:

—Este emblema denuncia en ella a una princesa de la sangre. ¿Se acepta, pues, mi idea?

—Aceptada—clamaron a una sola voz los piratas.

—Esta mujer me pertenece—rugía Miguel.

—No, no—gritaron los piratas.

—Compañeros—gritó el Pirata Negro—, ¿Debemos sacrificar el bien general por el de uno solo?

—No, nunca—contestaron.

Mac Tavish intervino entonces, de una manera definitiva, diciendo:

—Venció a nuestro capitán. Tomó por sí solo este barco. Quiere hacernos ganar más oro... y en recompensa yo os propongo que le nombremos capitán.

La casi totalidad de piratas levantó en alto sus espadas desnudas en señal de aprobación.

—Cuando vuelva el barco con el rescate—dijo Miguel—entonces será ocasión de otorgarle la jefatura.

Algunos de los amigos y estómagos agradecidos de éste le hicieron coro, a lo que Mac Tavish contestó:

—Bien, esperemos su regreso, el barco nos traerá la contestación.

—Se trata—explicó el Pirata Negro—de enviar a Santa Juana este mismo barco que hemos apresado con todos sus tripulantes, menos la Princesa y así el dinero del rescate vendrá, no lo dudéis.

La elocuencia y convicción de sus palabras convencieron a los bandidos, y firmaron a instancias de Miguel, un convenio que debían entregar los prisioneros al ser puestos en libertad, y caso de no ser aceptadas las proposiciones, coería la cabeza de la princesa como escarmiento, pues era el botín que se reservaban los piratas. Miguel aun añadió:

Tened presente que si este barco que vamos a enviar a Santa Juana no llega a su destino por naufragio o incendio, la prisionera es mía.

—Aceptado también—dijo el Pirata Negro.

Estrecháronse las manos, pero se dieron una mirada feroz, pues entre aquellos dos hombres había una guerra a muerte.

El Pirata Negro llamó al jefe de la embarcación apresada y le dijo:

—Te devolvemos la libertad a ti y a los tuyos, a cambio de un rescate de cincuenta mil piezas de oro; queda en rehenes, la Princesa y dueña. De aquí a Santa Juana hay de seis a ocho horas; cuando finalice el plazo y si el rescate no ha llegado, la princesa será entregada a un pirata y después decapitada sin piedad.

En un momento en que quedaron solos, el

Pirata Negro le dió un distintivo heráldico y un papel al jefe de la galera, el cual leyó:

—Presentad este anillo al gobernador y que en seguida envíe contra nosotros un destacamento de sus mejores soldados. La princesa será llevada a tierra esta noche."

El encargado de gestionar el rescate quedó asombrado y dando la voz de ¡arriba anclas! el jefe del barco libertado, dió la orden de partida.

AL ACECHO

Aperebióse el Pirata Negro que "Mandrit" no estaba en cubierta y fuése derecho al camarote de la Princesa, en el momento en que "Mandrit" sigilosamente y como un cuadrámano, elástico y cauteloso en el paso, penetraba en el camarote reservado de la bella princesa. La abstinencia carnal a que se veía condenado en aquella vida, le había sugerido este atrevimiento, y en el momento que se decidía a estrechar entre sus nervudos brazos el cuerpo grácil de aquella débil criatura, sonó un disparo y el handido cayó desplomado.

El Pirata Negro, siempre vigilante, había previsto el caso.

Al ruido de la detonación, acudieron varios piratas, a cuya presencia nuestro héroe exclamó:

—La muerte de este bárbaro es un bien, a todos nos conviene respetar lo pactado.

Quedó solo con la Princesa y con rendida expresión y respeto le dijo:

—Dispensad, señora; procuraremos que no se repita el incidente.

La tarde avanzaba y cada una de los protagonistas de nuestra interesante narración tenía una honda preocupación.

Miguel, esperando el resultado del complot para destruir el barco del rescate, puesto de acuerdo con "Lanzafuego".

La Princesa y el Pirata Negro, fundidos en una misma idea, y nuestro fiel Mac Tavish, esperando el resultado de las hazañas de su protegida.

El Pirata Negro llamó a Mac y le dijo:

—¿Has oído tú alguna vez a alguien, que un hombre enloquezca de amor?

Querido amigo, yo he conocido demasiados casos parecidos.

—Mi corazón, que ha amado a muchas mujeres que me ofrecieron una ventura pasajera en sus besos y en sus caricias, hoy me conmueve ante esta mujer que debe ser Princesa, y mi alma se extasia contemplando los encantos y la dulzura inefable de su acento.

—¡Pobre amigo!—replicó el inválido.

—Sí, querido, creo que para salvar a ella estoy dispuesto a todo y tú debes ayudarme.

—Yo os pertenezco en cuerpo y alma.

—Sí, mi buen Mac. Ante todo debes entregar esta carta a la Princesa para llevar la tranquilidad a su ánimo.

Con ánimos de complacerle y procurando

disimular lo mejor posible, fuéso Mac al camarote y en el momento en que debían servirle la comida a la Princesa, dejó caer con disimulo el papel que le entregó el Pirata Negro encima de un plato, a cuya vista se sorprendió la Princesa; la carta decía así:

"Princesa: Estáis en constante peligro. Esta noche iré a buscaros a vuestra prisión para llevaros a tierra.—El Pirata Negro."

—¿Quién es este Pirata?—inquirió la Princesa.

—Es un mozo que padece un dolor de corazón.

Y en pocas palabras le contó a la Princesa lo ocurrido. Cómo lo encontraron en la isla, la manera como desafió al Capitán de los piratas, y por fin, cómo había apresado la galera sin ayuda de nadie.

—¿Nada sabéis, por consiguiente, de su vida pasada?

—Ni una palabra sabe nadie. También yo soy otra cosa—añadió Mac—. Mi cabeza ha encaucado al servicio del rey.

—Sólo con otros hablar, ya supuse se trataba de personas distintas a las de la pandilla de los corsarios. ¿Y sabes qué se propone hacer con nosotras el Pirata Negro?

—Salvaros, señora—terminó Mac y se retiró.

FUGA FRUSTRADA

Miguel esperaba que la noche avanzara y se decía:

—Dentro de un rato "Lanzafuego" aprovechará el cansancio de los tripulantes del buque y tenderá su trágico regnero de pólvora y una chispa de su pedernal incendiará la embarcación, ganando de esta manera la partida el Pirata Negro, pues es trato convenido que si no llega a puerto, la Princesa es mía.

En su espera pasó el pirata una hora. Al fin oyó una explosión y luego un resplandor rojizo; en lontananza se había cada vez más perceptible, por lo que dedujo que ya estaba consumado su deseo, y sin aguardar ya más, gritó:

—¡Ya es mía! ¡Te he ganado la partida, Pirata Negro, vil y traidor!

Se dirigía rápidamente al camarote que servía de prisión a la Princesa y le pareció ver una sombra que se destascaba, procurando no ser visto. Siguió con sigilo a la sombra, hasta que más cerca reconoció por fin al Pirata Negro.

Rápidamente, Miguel se apercibió de que algo importante estaba tramando, y vió cómo saliendo por la parte posterior del buque, el Pirata Negro daba unos golpecitos en el cristal de la ventanita del camarote y oyó cómo decía:

—Señora, ha llegado la hora. Sujeta esta

escalera y deslizaos por la cuerda; primero vos y después vuestra dueña.

Miguel no quiso oír más. Salíó disparado para comunicar a los demás piratas la alta traición que estaba tramando el Pirata Negro.

—Noble amigo—le decía la Princesa a su salvador—. Yo os agradezco el riesgo a que por salvarme os exponéis, pero decidme, ¿quién sois? ¿Por qué os interesáis por mí tan vivamente?

—¿Y vos me lo preguntáis, señora?—replicó el Pirata Negro—. Preguntádselo a vuestra cara, maravilla de belleza, a vuestros brillantes ojos, luceros de fulgor imponderable, a vuestros labios...

Y sin poder contenerse, el Pirata Negro cogió una de las blancas manos de la Princesa y depositó en ella un beso ardientísimo.

La bella cautiva, sin protestar, decía:

—Ya se ve que no sois de la misma condición que los demás.

El Pirata saltó con agilidad al camarote, para ayudar a la Princesa a deslizarse por la escala de cuerdas, mientras Mac estaba en la parte superior sujetándola.

En aquel momento, acudieron en tropel todos los piratas, al frente de los cuales iba Miguel, gritando:

—¡A mí, compañeros! ¡Corramos a detener al traidor! ¡Es el Pirata Negro, que se quiere fugar con la Princesa!

Mientras, lograron la Princesa y su dueña embarcarse en la lancha, pero no pudiendo



... ayudó a la Princesa a deslizarse por la escalera ...

remar por la falta de costumbre y fuerza propia, pronto fueron de nuevo apresadas por dos piratas que se lanzaron al agua.

El Pirata Negro no quiso comprometer a Mac, y le ordenó simulara le estaba apuntando con su pistola para reducirlo a prisión. Las palabras de traidor, espía y delator eran las más corrientes que en aquellos momentos le dirigían al Pirata Negro, y fué apresado.

Mac pensaba:

—Es un héroe de leyenda.

Al poco rato se reunieron sobre cubierta todos los piratas y ataron al prisionero al palo mayor y en presencia de toda la tripulación, e incluso de la Princesa y su dueña, procediéndose a formar el tribunal para juzgarle.

Los cargos fueron abrumadores, por haberle cogido "in fraganti", queriendo salvar a la Princesa. La sentencia recayó en seguida determinando fuera condenado a morir a la plancha, cuyo castigo consistía, según costumbre de los corsarios, en atar fuertemente las manos del condenado y obligarle a arrojarle al mar.

Viendo la Princesa que el Pirata Negro había sido condenado por culpa de ella, y no pudiendo resistir tan gran emoción, acordándose solamente de la gratitud y su amor por aquel hombre, adelantándose con firme ánimo y altivo continente, sin que los corsarios se atrevieran a evitarlo, depositó en las mejillas de aquel mártir un ardoroso ósculo.

Mientras le abrazaba y disimuladamente, dejó entre las manos atadas del Pirata Negro un puñalito, pero fué visto por uno de los corsarios, quien dijo a Mac:

—Mira, Mac, esa mujer quiere librarlo de la justicia.

—Vamos, Mac, date prisa en vendarle los ojos—decía Miguel.

Y Mac, reprendiendo duramente a la Prin-



El Pirata Negro fuertemente maniatado...

cesa y a la vista de todos le quitó el puñal al Pirata Negro, guardándose el en el cinto con la desnuda hoja hacia arriba, el cual rozaba las ligaduras que apresaban las manos del pirata. Esto al sentir el contacto comprendió la idea de su amigo Mac, e hizo maniobrar sus manos, de modo que la hoja del puñal se deslizara varias veces con violencia sobre las ligaduras.

Quedaron las cuerdas cortadas y separándose Mac, se adelantó el malvado Miguel gritando:

—¡Al mar, al mar!

Y de un fuerte empujón lo precipitó a las olas.

La Princesa lanzó un grito y cayó desmayada en brazos de su dueña.

LA LEALTAD DE MAC TAVISH

Mac acompañó a su camarote a la Princesa, y una vez vuelta en sí, le contó que había rasgado una de las ligaduras que aprisionaban las manos del valeroso joven y trató de consolarla diciéndole que seguramente se habría salvado y también que no tardarían en llegar los soldados que debían librarla del secuestro de que era objeto por parte de los corsarios.

Eran más de las dos de la madrugada y todos dormían; sólo Miguel y Mac estaban en vela.

Poseído Miguel de una fiebre de lascivia, bajó al camarote de la Princesa, para rendirla por la fuerza; pero no contaba con que Mac estaba ojo avizor y el inválido le salió al paso, diciéndole:

—¿A dónde vas?

—Y a ti qué te importa?

Pero Mac le atajó diciéndole que estaba convenido se debía respetar a la prisionera, y para no llamar la atención, resignóse Miguel, pero no de muy buena gana y retiróse.

Transcurrió una hora aproximadamente y pareció a Mac oír un leve ruido en el mar. La obscuridad no le dejaba ver nada de momento, pero al cabo de un rato sus ojos se

fueron habituando a la obscuridad y de pronto lanzó un grito sordo:

—¡Vive, vive! ¡Dios mío! ¡Sí, es él!

Efectivamente, una cabeza acababa de emerger de las aguas; era nuestro heroico y desventurado amigo.

—Hace más de una hora que nado por aquí —dijo éste—. Oye—prosiguió—, con un bote me alejaré hasta el amanecer, que confío encontrar a los buques que el gobernador, siguiendo mis instrucciones nos enviará. Subiré a uno de ellos y antes del mediodía estaremos aquí. Adiós, leal amigo.

No dijo más, y Mac vió cómo, efectivamente, el Pirata Negro se alejaba en un bote muy quedamente, lo cual fué a contárselo a la Princesa.

—Cuéntamelo todo—le decía con interés.

Y Mac, satisfecho, en dos palabras relató la escena que ya sabemos y salió nuevamente del camarote, pero ni al uno ni al otro les fué posible conciliar el sueño.

LA HAZAÑA DE "LANZAFUEGO"

¿Qué había sido del barco de rescate? En cuanto zarpó, empezaron las discusiones en que si se debía o no volver para salvar a la Princesa, pues alguno de los caballeros apuntaba la idea de que era exponerse demasiado sin garantías suficientes, a lo que contestó el capitán que escuchaba la conversación, que los que volverían para libertar a la Princesa

eran los soldados, sin perjuicio de que les acompañaran los que se creyeran ultrajados y con ganas de vengarse de los corsarios. Ante el asombro de todos, leyó el capitán el papel que le había dado escrito y mostró asimismo un distintivo heráldico por si alguno de los caballeros lo conocían. Al fin uno de ellos dijo:

—Sí, creo que es el blasón de una de las más poderosas familias de Inglaterra.

La sorpresa más extraordinaria se pintó en todos los rostros.

¿Quién era, pues, el Pirata Negro?

• • •

Mientras ocurría en cubierta lo que anotamos, "Lanzafuego" estaba haciendo los preparativos para volar el buque, y también los medios para poder salvarse él.

Pero la justicia de Dios, que aunque a veces parece abandonar a los buenos, se preparaba a intervenir para dar el castigo que merecían los criminales.

"Lanzafuego" descolgó un bote y encendió una yisca con su pedernal, y lo acercó a la pólvora; ésta, inflamada, comenzó a arder con celeridad, como una serpiente.

Quiso lanzarse entonces dentro del bote, pero por casualidad quedó prendido de cabeza abajo de un grueso clavo que había sobre el costado del navío.

Cobarde y miedoso, empezó a gritar pidiendo auxilio, y algunos de los marineros que estaban cerca, junto con el capitán, acudieron

y con la natural sorpresa "Lanzafuego" les contó que tenía ordenado hacer volar el buque y no habiendo tiempo que perder, capitán y marineros se lanzaron al mar con los botes salvavidas, al tiempo que con un estrépito horrendo el barco se hundía, con su verdugo "Lanzafuego" y las pobres víctimas que no pudieron ganar los medios de salvación.

EL ATAQUE

El Pirata Negro había conseguido su objeto, pues ganó la costa con su pequeño bote, remando desesperadamente, y cerca de donde se encontraba, pasaba un buque mercante armado en corso con grandes y poderosos cañones. Tras inauditos esfuerzos, llamando a grandes voces con toda la fuerza de sus pulmones, se hizo oír de los del galeón mercante, los cuales le dejaron subir a bordo, contando al capitán del mismo los hechos que ya conocen nuestros lectores. Llegó el buque a aguas de Santa Juana cuando apuntaba la primera luz de la aurora. El Pirata Negro bajó a tierra, y con dinero que le había prestado el capitán, alquiló un caballo, dirigiéndose en busca de socorro.

• • •

En el buque corsario había vuelto la calma, pues solamente Miguel, la Princesa y Mac eran los que esperaban con ansia la hora del mediodía.

Con la inexorabilidad de todos los plazos fatales, llegó la hora señalada y Miguel, adoptando un aire autoritario y audaz, gritó a los hombres del buque:

—¡El plazo ha expirado! ¡Abajo las velas! ¡Aquí no hay más voluntad que la mía, desde este momento, yo soy vuestro capitán!

Nadie osó protestar y creyéndose ya amo y señor de todo el bareo pirata, dirigióse nuevamente a la cámara de la Princesa, encontrando al inválido Mac en el dintel de la puerta, al cual dió un empujón y penetró en la habitación donde estaba la Princesa, que al verlo se puso a temblar, pues pensaba había ya llegado la hora fatal para ella.

—¡Reina mía! ¿por qué huyes?—le dijo Miguel.

—¡Qué va a ser de mí, Dios mío!

—Mía, mía para siempre—decía el bandido. Y tomola en sus brazos, a cuyo contacto se rebeló y le escupió en el rostro, insultándole:

—¡Sapo miserable, bestia repugnante, te odio, te desprecio!

Pero cuando Miguel creía ya segura su presa, el tronar de un cañón cercano hizo vacilar sus audacias.

Otros cañonazos se sucedieron y sabió rápidamente a cubierto y vió con la natural sorpresa que eran atacados por un grandioso galeón del cual descendieron cincuenta atléticos marinos, ocupando una falúa y empujando los remos se dirigieron hacia el bareo pirata. Junto al timón de aquella embarcación, un



...de una estocada tendió al malvado Miguel.

hombre joven, de apostura apolínea, se erguía en actitud retadora. Era el Pirata Negro.

—A handle el bareo!—dijo éste cuando se halló a relativa distancia del buque pirata. Y todos quedaron sumergidos.

Creyendo los piratas que uno de sus cañonazos había hecho blanco, se regocijaron, y Miguel volvió al camarote de la Princesa, pero los atléticos tripulantes subían desesperadamente por la cubierta y empezó una lucha titánica.

En el camarote de la Princesa y en el momento que Miguel se lanzaba en brazos de la

joven indefensa, apareció con la espada alto el Pirata Negro, que de una estocada le dio al malvado Miguel, y tras de él siguió echando con más de veinte piratas, logrando reducirlos.

El galeón enviado por el gobernador de la isla de Santa Juana abordó al buque pirata y felicitaron a la Princesa, después de presentarle sus respetos.

El gobernador dijo, dirigiéndose entonces al valeroso héroe:

—Salud, Duque Arnaldo. Habéis luchado como un león.

—Juré entregar los verdugos de mi padre lo cual he cumplido, y además he salvado a la Princesa Elisabeth, y puesto que el destino me ha deparado esta ocasión, pido la mano de la bella y encantadora princesa a quien deseo hacerla mi esposa.

—Yo—dijo la Princesa—nada puedo negar a mi salvador.

Entonces Mac Tavis y "Cabo Corto", que se habían puesto como supondrán nuestros lectores, en favor del Pirata Negro, dijeron:

—Ya tenemos un regalo de bodas: el tesoro del escondite secreto de la isla.

Unos meses después, a bordo de un espléndido galeón viajaba una gentil pareja: el Duque Arnaldo y la Princesa Elisabeth.

Al pasar junto al peñón de la isla inhabitada y estéril, una lágrima pugnaba por saltar a la mejilla de Arnaldo.

FIN

Casada... y virgen

NOVELA DE LA EMOCIÓN



No deje de leer esta novela de asunto sugestivo y misterioso del célebre

Marcel Priollet

afortunado autor de

¡SUSPIROS!... es su mejor obra!

Precio del cuaderno

20 céntimos

— De venta —
en todos los kioscos

La obra consta de
13 CUADERNOS

BIBLIOTECA FILMS
Aparición 707 - Barcelona